

SALVAJES Y FINOS ESPIRITUS

UN cierto «coronel» de las guerrillas del Congo llamado Bidalra ha pronunciado una truculenta amenaza: «Me comeré cada día un prisionero americano». Más académico, un «general», Nicolas Olenga, ha declarado la guerra oficialmente a los Estados Unidos y ha anunciado que en consecuencia juzgaría sin piedad a cualquier prisionero americano que cayese en sus manos. No parece que Olenga vaya a poder llevar adelante su guerra particular: se dice que ha muerto, con trescientos de sus hombres, en el asalto a Bukavu. Los aviones americanos pasan en vuelo rasante sobre los guerrilleros congoleños armados con arcos y flechas y les ametrallan, y les bombardean, con una admirable limpieza y una eficacia técnica garantizadas por la absoluta impunidad. Hasta la intervención de los Estados Unidos los muertos en las batallas del Congo se contaban por decenas; ahora se cuentan por centenares. Los Estados Unidos han enviado hasta ahora las siguientes fuerzas aéreas al Congo: cuatro bombarderos «B-26» pilotados por blancos sudafricanos y de Rhodesia del Sur; seis aviones «T-28» (otros seis están a punto de llegar o habrán llegado ya), tripulados por cubanos anti-castristas reclutados en Miami; once «C-47» y seis helicópteros «H-21», pilotados por belgas; cuatro «C-130» gigantes a retropropulsión y tres helicópteros «H-34» pilotados por miembros de la «Air Force» de Estados Unidos con tripulación de paracaidistas en un total de 110 hombres (fuente de información americana: «Newsweek», 31 de agosto). Es indudable que la posibilidad de crear muerte de esta importante flota aérea supera con mucho la posibilidad devoradora del guerrillero Bidalra, cuya capacidad estomacal sólo le permite devorar un americano cada día. Para acabar con la población de Estados Unidos, Bidalra necesitaría cientos de miles de años —sin contar con Bélgica, Rhodesia del Sur y África del Sur— mientras que los americanos, dado su mayor grado de civilización, pueden acabar con toda la población del Congo en unas semanas y, si realmente se lo propusieran, con un solo relámpago. Dada la diferencia científica de medios empleados en esta guerra no cabe duda de que un espíritu fino y cultivado puede calificar de salvajes a los congoleños que se comen cada día un solo americano y de vanguardistas de la civilización a los norteamericanos y sus aliados que

ametrallan desde el aire a varios centenares en el mismo día. Sin embargo, el desesperado coronel Bidalra está utilizando una de las más modernas armas de la estrategia política: lo que se llama «el arma de disuasión», la creación de un terror para tratar de contrarrestar un ataque. Es, más o menos, la doctrina De Gaulle: puede bastar con unas escasas, ridículas y pequeñas bombas atómicas para evitar que un gigantón del arma nuclear ataque, visto el terror que puede crearse en la retaguardia. Bidalra cree en la capacidad de invasión del arma gastronómica. Parece ser que el terror del hombre blanco a ser devorado supera al de otra clase de muerte...

El caso es que esta guerra del Congo, esta guerra de aviones contra flechas, nos retrotrae a una guerra de hace algo menos de treinta años: la invasión italiana de Abisinia. Los «Savoia» y los «Caproni» destrozaban implacablemente las columnas descalzas de los «ras» del ejército del Negus. Hay, sin embargo, una diferencia de conceptos. Los finos espíritus de entonces estaban junto a los abisinios, movidos aparentemente por la injusticia de una lucha desigual. Se trataba de que Mussolini había emprendido una guerra de conquista, una guerra colonial. Es decir, se trataba de que Italia, país que peligrosamente comenzaba una competencia de mercados con Francia y con Gran Bretaña en Europa, ampliaba sus bases. La Sociedad de Naciones, reunida en Ginebra, condenó la agresión y votó unas sanciones económicas contra Italia. Tales sanciones no se cumplieron porque muchos de los países que las votaron no querían privarse de sus mercados comerciales italianos; la impunidad de aquella agresión tuvo, probablemente, mucho que ver con las posteriores agresiones alemanas, igualmente impunes, y con el estallido de la segunda guerra mundial. En este caso, la cuestión es diferente. Mussolini anunció abiertamente sus deseos de conquista y sus designios imperialistas. Johnson, en cambio, trabaja en el Congo con la idea de la «unificación» y de la «libertad». Se trata de liberar el Congo de los congoleños, que, sin duda, lo conducen a un desastre. La heredera de la Sociedad de Naciones no tiene por qué sancionar a Estados Unidos, visto que estos ametrallamientos de ahora están realizados en un espíritu de paz. Cuestión de conceptos. Precisamente en estos días, los delegados de la Conferencia de

Desarme, que se celebra en Ginebra —en el mismo palacio histórico donde se votaron las sanciones contra Italia—, han decidido tomar vacaciones: cinco meses de vacaciones. Sus problemas de espíritus civilizados son amplios y lejanos: tratan de evitar la proliferación y el empleo de las armas nucleares. Las guerras de estos días se desarrollan con flechas y los bombarderos que se emplean son prácticamente antiguos, puesto que los «B-26» proceden de la segunda guerra mundial.

Casi en los antípodas del Congo, otra serie de actos de salvajismo se están desarrollando. En el Vietnam, los disturbios de estos días han producido docenas de muertos. Hay casos escalofriantes. Como el de dos católicos ahorcados con alambres. Como el de un grupo de vietnamitas que se habían refugiado en una trinchera para demostrar su neutralismo en la lucha callejera y que fueron sepultados vivos («Se ignora la filiación religiosa de las víctimas y de sus agresores», dice el telegrama de France Presse —27 de agosto— que lo relata). El general Khan ha caído como Presidente de la República una hora después de haber recibido un telegrama de Johnson felicitándole por su actuación: ha sido necesario ponerlo de nuevo a la cabeza del país, esta vez como Presidente de un triunvirato militar considerado como «provisional». El país se quejaba de un dictador: ahora tiene tres. En el Vietnam, como en el Congo, se despliega estos días una amplia acción de bombarderos de los Estados Unidos. El programa de la Convención Demócrata, aprobado por aclamación en Atlantic City, comprende una moción por la cual el partido en el poder se compromete «a un respeto total de sus compromisos para mantener la libertad en el Vietnam del Sur».

Es curioso que esta vez los demócratas van más allá que el organismo más conservador y —por su función— más nacionalista del país: la C. I. A., la Agencia Central de Información. Uno de sus más importantes miembros ha publicado un informe, conocido ya por el nombre de «Informe Matthias» —del nombre de su autor—, en el que asegura que ésta del Vietnam es una guerra imposible de ganar. Matthias es miembro del «Board National of Estimates» de la CIA, es decir, del organismo especializado en calcular el potencial militar, económico, psicológico y humano de los países en cuestión, y las posibilidades americanas en dichos países. Matthias considera que la relación de fuerzas es tal, que la victoria resulta imposible para cualquiera de los dos bandos y que, mientras tanto, los americanos están arriesgando su prestigio y, a la larga, la posibilidad de expansión de un conflicto de salidas imprevisibles. En consecuencia, propone la neutralización del país mediante un acuerdo negociado. En resumen, una vez más, la «doctrina De Gaulle». Un órgano de opinión tan considerable en Estados Unidos como el «New York Times» abunda en esta idea. «Ha llegado el momento —escribe en un editorial— de decidir si Hanoi y Pekín, de una parte, y Saigón y Washington, de otra, pueden terminar esta devastadora confrontación, estableciendo un Vietnam auténticamente neutral». No ese ése el punto de vista de la Casa Blanca. La misma curiosa historia del «Informe Matthias» lo demuestra. Su autor, disgustado por la mala acogida que tuvo —a pesar de haber sido aprobado por sus jefes de la CIA— decidió publicarlo por su cuenta y lo vendió a un periódico de Chicago. La Casa Blanca, enterada, se adelantó a la operación: hizo público el informe oficialmente, para comentarlo diciendo que había sido rechazado y que los Estados Unidos continuarían su política de liberación.

Mientras esta política falla en el Vietnam, falla también en el Congo. El despliegue de fuerzas ha sido inútil. Dio resultado los primeros días, o pareció darlo. Pero la anarquía es superior a los aviones. La retaguardia congoleña se desmorona: se ha visto a los soldados del llamado Ejército Nacional vender sus fusiles a los rebeldes. En las zonas de selva, los aviones son ineficaces, como ocurre en las selvas de Indochina. Habría que emplear la táctica preconizada por Goldwater y bautizada por

él con el lírico nombre de «desfoliación atómica»: es decir, el empleo de «pequeñas bombas atómicas para barrer la maleza» y descubrir a los guerrilleros. Esta teoría es imposible de llevar a la práctica, dice Stephen Ailes, secretario del Ejército de Estados Unidos: «cada una de las bombas atómicas más pequeñas actualmente posee el poder destructor de todas las bombas arrojadas por las fortalezas volantes en el curso de la segunda guerra mundial». «El candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el partido republicano ve en las armas nucleares tácticas algo así como versiones un poco mayores de las granadas de mano o de las bombas de mortero: nada hay más peligrosamente falso.»

* * *

LA anarquía del Congo, los disturbios del Vietnam, han producido en estos últimos días un auténtico desastre para la política de intervención del Presidente Johnson. En una crónica anterior advertí que uno de los peligros que tenía este solitario de fuerza es que no le saliera pura y completamente, sin necesidad de intervención de otras potencias ni de ampliación de los frentes de combate. Es decir, que los mismos acontecimientos desencadenados le resultasen adversos. Esto es lo que está sucediendo. Las naciones africanas esperaron durante un tiempo que el número de fuerza de los Estados Unidos llevara a una estabilización rápida de la situación congoleña. Como no ha sido así, ahora están reaccionando en contra de la intervención, respaldados por toda la doctrina de la Organización de Unión Africana. Hay un profundo sentimiento antiamericano en todo el continente africano, y una nueva pérdida de prestigio militar de los Estados Unidos. En el Vietnam, las atormentadas poblaciones creyeron también por un momento que la llegada de Maxwell Taylor y el anuncio de medidas «escalonadas» podría aclarar la situación. Pero no solamente la situación no se aclara, sino que han tenido que soportar la dictadura tiránica del general Khan, y han acabado por crear otro revés. En Chipre, el Plan Acheson se ha hundido y en Washington se ha visto con horror cómo Makarios corría a ver a Nasser para pedirle ayuda: ahora, todo el tercer mundo está con él, al tiempo que, en Turquía, los manifestantes asaltan y tratan de incendiar la Embajada de Estados Unidos, sin que por ello los americanos se hayan ganado la amistad griega...

Fascinado por su adversario Goldwater, Johnson se ha embarcado bruscamente en una serie de aventuras políticas, y se ha embarcado mal. Al elector liberal americano se le presenta el dilema de votar por Johnson, que es el mejor seguidor de la política de Goldwater, o votar por el propio Goldwater y acabar de una vez. En cuanto al conservador, su tendencia a Goldwater se está reforzando estos días, visto que el propio Johnson emplea la fuerza como arma política, pero no la emplea con la eficacia y la capacidad con la que la emplearía —según él cree— el propio Goldwater. En lo cual, probablemente, está en un error: no es lo mismo hablar en la oposición que gobernar desde la Casa Blanca. La mejor garantía de que la política de Goldwater no se cumplirá nunca es que es imposible.

Todavía, a pesar de sus desastres en cadena, Johnson sigue siendo el favorito. Pero su calvario no ha terminado. Muchos observadores de Washington temen que los acontecimientos, sobre todo en el Vietnam, se precipiten antes de las elecciones. Algunos creen que Johnson tiene aún tiempo de hilvanar una nueva política y de apoyarse en las doctrinas de Kennedy. Lo temible es que el propio Johnson no lo cree así.